

NOTAS, TEXTOS Y DOCUMENTOS

El tomismo de André Combes*

André Combes era mi compatriota del Lot-et-Garonne (en Périgord) y conocía mi familia maternal desde muchos años (de Castelnaudde Gratecambe, cerca de Villeneuve-sur-Lot), igualmente en Lot-et-Garonne.

Hijo de un director de Escuela del Magisterio, ardiente adherente del movimiento cristiano progresista «Le Sillon» (dirigido por Marc Sangnier), tenía dos hermanas religiosas y un hermano sacerdote. Alumno del liceo de Rodez (en Aveyron), fue inmerso varios años en una atmósfera ultra-laicista de la Francia arreligiosa de ésta época. Después de su bachillerato (1917), entró en el Seminario San Sulpicio, en París, donde tuvo como profesor a Adolfo Tanquerrey. Después, cumplió su Servicio Militar (1921). Después, ingresó en el Seminario de Agen (Lot-et-Garonne, su diócesis de origen), de 1922 a 1924... Sacerdote el 17 de agosto de 1924, celebró su primera misa solenne en la pequeña iglesia de la aldehuela de Sénézelles, a tres kilómetros de Castelnaud-de-Gratecambe; se conserva en el n.º IX de la revista *Les Amis d'André Combes*, París, 1980, pp. 80-97) su conmovedora homilía (ya publicada en *La Pensée catholique*, Les Editions du Cèdre, n.º 88, París, 1963, pp. 19-30); Sénézelles era la parroquia natal de su abuela paternal.

De 1924 a 1926, estudia y profesa en el Instituto Católico de Toulouse, con la dirección de Monseñor Saltet; defiende su tesis de teología sobre San Marcial, quedada inédita... Después enseña en el Instituto Católico de París y se hace doctor en teología. Sigue los cursos de Esteban Gilson en el Colegio de Francia; pronto, será su discípulo de predilección. En 1934, sostiene su tesis de doctorado en filosofía, titulada *Un témoin du socratisme chrétien au XVème siècle: Robert Ciboule* (lo esencial fue publicado inmediatamente, en los *Archives d'histoire doctrinale et littéraire du Moyen-Age* (1933-1934).

En adelante, André Combes se afirma como un medievalista de primer orden y sus grandes obras se suceden de manera continua y muy notable. Por encima de todo, es el gran especialista de Gerson. Es miembro del «Centro

* Conferencia pronunciada, el 27 de octubre de 1994 en el acto de presentación de las Actas de las «Jornadas de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino (SITA)» (E. FORMENT (Ed.), *Dignidad personal, comunidad humana y orden jurídico*, Editorial Balmes, Instituto Filosófico de Balmesiana, Barcelona, 1994, pp. 962, cm. 17x24, ISBN: 84-210-0484-0, 2 vols.).

Nacional de la Investigación Científica». Su tesis en Sorbona se titula *La théologie spirituelle de Gerson*. Citemos también sus otros grandes libros sobre el ilustre teólogo (muerto en 1429): *Jean Gerson, commentateur dionysien* (Vrin, París, 1940), *Essai sur la critique de Ruysbroeck par Gerson* (Vrin, París, 1945 y 1948), *Etudes Gersoniennes* (1945-1946), *Jean de Montreuil et le chancelier Gerson* (Vrin, París, 1942), etc... Señalemos además sus otras obras sobre el pensamiento medieval: sobre Jean de Ripa, Perre d'Ailly, San Alseldo, Duns Scot, Jacques Legrand, Alfred Coville, etc...

En Santo Tomás de Aquino, que admiraba profundamente, hay que referirse a *La théologie spirituelle de Saint-Thomas d'Aquin, F. Dedek et la connaissance quasi expérimentale des Personnes divines selon Saint-Thomas d'Aquin* (In *Miscellanea Antonio Piolanti*, Roma, 1967), «Sainte Thérèse de Lisieux et Saint Thomas d'Aquin» (*Angelicum*, 1960), «La spiritualité de Saint Thomas d'Aquin» (estudio redactado el 7 de marzo de 1924 y publicado en *Les Amis d'André Combes*, n.º IX, pp. 56-67), «Le problème de la liberté selon saint Thomas» (estudio redactado el 7 de mayo de 1944 y publicado en *Les Amis d'André Combes*, n.º IX, pp. 68-79), al fin, «La Chaire Saint Thomas d'Aquin à l'Université Pontificale du Latran» (discurso pronunciado el 10 de marzo de 1963, con ocasión de la inauguración de la Cátedra Santo Tomás en esta Universidad Lateranense); sin hablar de algunos sermones acerca del Doctor Angélico. André Combes era socio titular de la *Academia Romana de Teología*.

Es preciso añadir los trabajos de André Combes sobre Santa Teresa del Niño Jesús (bastante numerosos, a partir de 1947) y su película famosa, dedicada a ella, *Procès au Vatican* (1954), sobre Pierre Teilhard de Chardin, sobre Sainte Bernadette de Lourdes, sobre Charles de Foucauld, sobre Thérèse Couderc, sin olvidar su *Psychanalyse et Spiritualité* (1956) y otros volúmenes o artículos.

A partir de 1960, fue catedrático de historia de la espiritualidad en la Università Pontificia Lateranense (Roma) y, a partir de 1963, catedrático de la Cátedra Santo Tomás en esta entidad. Colaborador de *Aquinas*, *Seminarium*, *Divinitas*, *Rencontres*, *La Pensée Catholique*, *Revue du Moyen-Age latin*, de las *Ediciones Seghers* (París), *Jahrbuch für mystische Theologie*, *Enciclopedia catholica*, *Archivos de filosofía medieval* (Vrin)... etc), A. Combes fue «peritus» en el Concilio Vaticano II. Espíritu particularmente abierto y corazón generoso, murió en 1970 en París y fue enterrado en la sepultura de su familia en la aldea La Capellea de Biron (Lot-et-Garonne).

Conocí a Combes en el año 1942, en Limoges, donde era yo profesor de filosofía en el Liceo Gay-Lussac; el manuscrito de mi tesis doctoral, sobre Fray Luis de León y la Filosofía y Teología en Salamanca, se imprimía en diciembre, en la casa Bontemps; pasando, para ver las pruebas de un libro suyo, Combes conoció mi tesis y obtuvo su publicación en el Editor Vrin (París, 1943). Su excepcional don de simpatía y de amistad me sedujo vivamente; me inició en el tomismo, cuya riqueza descubrí en esos años. Mi correspondencia epistolar con él fue grande, hasta su muerte. En 1964, me hizo llamar a Roma, para dar en la Pontificia Università Lateranense tres conferencias sobre «La Escuela de Salamanca» (editadas en *Aquinas*, en 1964, n.º 3, pp. 274-308); en los días de febrero de 1966, asistí precisamente a la toma de posesión de la cátedra de mi amigo; veo aun a Monseñor Combes de rodillas en la Basílica San Juan Lateranense, prestando el juramento antomodernista.

Es la razón por la cual he escogido hoy de resumir aquí la conferencia dada por Combes en la inauguración de la Cátedra Santo Tomás que explica la importancia de una fundación y las dificultades y deberes del tomismo contemporáneo.

El orador recuerda, en primer lugar, las fechas capitales de la proclamación de los Papas de los siglos XIX y XX en favor de la enseñanza de Santo Tomás. Es la Encíclica *Aeterni Patris*, de León XIII, en 1879 y su decisión del 4 de agosto de 1880, instituyendo a Santo Tomás como Patrono de las Escuelas Católicas. Es, pues, el Papa San Pío X, el 29 de junio de 1914, predicando el regreso a los principios filosóficos de Santo Tomás y publicando, el 27 de julio de 1914, las 24 tesis tomistas; a continuación, es Benedicto XV, ordenando, en 1917, no sólo a los Religiosos, mas también a todos los clérigos que «*se teneant sancte*» al método y a la doctrina del Doctor Angélico; luego es Pío XI, el 29 de junio de 1923, en su Encíclica *Studiorum ducem*, proclamando a Santo Tomás como estando «el Doctor Común» y Universal de la Iglesia; es; aun, Pío XII, el 12 de agosto de 1950, confirmando, en su Encíclica *Humani generis*, esta unánime opción eclesial por el gran dominico; al fin, es Juan XXIII, el 16 septiembre de 1960, ratificando esta adhesión del Magisterio Romano a Santo Tomás, en el seno del V Congreso Tomista Internacional.

Combes expone aquí, con claridad y valentía, *las tres razones* que, según él, explican esta preeminencia, dada por la Iglesia, a Santo Tomás.

La primera es un deber de *urgencia*. Lo más presuroso, en la situación general de los espíritus, en presencia de la multitud y de la diversidad de los errores, a las cuales la Iglesia, durante el siglo XIX y el siglo XX, debía hacer frente, era indispensable «restituir a la enseñanza de las disciplinas sagradas todo el rigor tradicional, la rectitud metafísica, el vigor especulativo, la igual dignidad a las exigencias de la Fe y a las conquistas de lo real que caracterizan la doctrina de Santo Tomás» (p. 22).

Con vistas a remediar los errores del tiempo, la prescripción pontifical quiere ser *práctica*; debe adoptar un programa estricto de la enseñanza de los jóvenes clérigos; en este programa, la filosofía tendrá la importancia mayor, puesto que es en este campo que las desviaciones más graves se han producido; por consecuencia, el pensamiento de Santo Tomás queda por ser ahondado. Esta investigación novadora debe obedecer a *tres requisitos*. En primer lugar, es preciso liberarse de toda coacción exclusivamente escolar; en segundo lugar, hay que hacerse cargo de *todas* las obras de Santo Tomás y no sólo de la *Summa Theologica* y de los Comentarios de Aristóteles: desde el *De ente et essentia* a los Comentarios escriturarios, del *Scriptum super Sententiis* al *Compendium theologiae*; de las *Quaestiones disputatae* a los diversos opúsculos: «Todo debe ser examinado, expuesto, explicado» (p. 24). En fin, «esto dado será explorado con los recursos de los métodos analíticos más penetrantes» (*loc. cit.*).

Con este blanco, es necesario un *centro de referencia*, es decir precisamente la Cátedra Santo Tomás.

En segundo lugar, una observación se impone; en el conjunto, el Magisterio romano fue obedecido, pero se manifestó *muchas reticencias* e incluso muchas insubordinaciones. En este plan, «varias obras destacadas» han comentado «el tesoro tomista»; sin embargo, no hay que ocultar «todo lo que falta» (p. 24) en vista de prolongar, pasar y actualizar el mensaje tomista.

Aquí, Combes distingue *cuatro caracteres*, en ese trabajo de pesquisa. Primeramente, «esta obediencia se ha quedado un poco más acá del punto donde habría debido llegar» (pp. 24-25). El Magisterio no quería sólo exigir que se enseñe abstractamente el tomismo, pero entendía también que se dedica a lo concreto de la doctrina, es decir a los libros precisos en los cuales Santo Tomás se ha expresado; pues, es indispensable estudiar la contextura literal, el vestido libresco de este sistema: dicho de otro, escrutar la *Summa* y los otros escritos del Doctor Angélico, sin pasar por alto ninguno.

En segundo lugar, *un pesar* debe ser expresado: demasiados jóvenes profesores han creído que este regreso a Santo Tomás, este *Zurück* según la palabra de los alemanes respecto a Kant, constituía «una medida de conservación arcaizante», cuya meta estaría volver servilmente a un lejano pasado, radicalmente caduco. Todo al revés, se trata, según Roma, no de una pasiva imitación o reiteración de siete siglos atrás, pero más bien de un rejuvenecimiento consistiendo en apoyarse sobre esta doctrina de Santo Tomás en su siglo XIII, con miras a sacar de ella nuevas perspectivas o aportes benéficos, en función de la modernidad, al menos en lo que ésta tiene de válido.

En tercer lugar, el falaz incentivo de los sistemas contemporáneos y de moda, ha frenado muchas veces, incluso ocultado o esterilizado el retorno a la inspiración de Santo Tomás, el esfuerzo de *ressourcement* al tomismo. Muchos enseñantes han estimado mucho más vivientes y *up to date* las adquisiciones adelantadas, debidas a nuestra época: como si forzosamente estaban progresos incontestables... Por mi parte, recordaré que toda *tradición* auténtica no es una cisterna que incitaría sólo a repetir fórmulas del pasado por mimetismo, más bien una fuente de agua viva, capaz de alimentar una marcha en adelante de las investigaciones, para llevarlas al descubrimiento de lo nuevo, en conexión con la *ktéma eis aei* que represente todo lo que este pasado contiene de justo y de excitante para el progreso...

En cuarto lugar, según André Combes, no se ha evitado siempre, en este ensayo de *aggiornamento*, dar más importancia a las producciones individuales de los pretendidos intérpretes de Santo Tomás que a los textos del Maestro mismo. Paradoxalmente, se han «derivado, más de una vez, hacia blancos completamente distintos que los del Doctor Angélico» (p. 25); aprovechando tratados o manuales más y más independientes para con el Doctor Común, se han guardado «casí nada de la letra misma de Santo Tomás» (*ibid.*). La personalidad, muchas veces brillante, de estos comentaristas ha desembocado a esta extraña situación, en la que el Mensaje del Maestro se encuentra enmascarado. A la inversa, la fidelidad al estudio directo y lo más completo posible del Doctor Angélico debe imponerse, con preferencia a una caída hacia la sola frecuentación de sus epígonos del siglo actual. En cambio de esas faltas, más o menos involuntarias, hacia perspectivas finalmente modernas y aventuradas, se afanará para concentrarse sobre la obra de Santo Tomás, incluso sobre las obras suyas menos conocidas. Me permitireis aquí recordar, por mi cuenta, el refrán, un poco cínico o irónico español: «obedecer y no cumplir», que denuncia la actitud equívoca de ciertos intérpretes; en lugar de abandonarse, con el pretexto de un tomismo altamente voceado, a entregarse –sin ninguna malicia, por lo demás– a elucubraciones puramente personales, algunas veces superficiales, que halagan los lectores de nuestra época, hay que respetar, más escrupulosa-

mente el espíritu y la letra del Doctor Angélico, sin jamás quitar el contacto íntimo de sus escritos, aunque poniéndoles en relación con los problemas del siglo XIII y con las aserciones de los adversarios de Santo Tomás, así como de sus amigos contemporáneos.

«En vista de que los estudiantes presienten, al menos, el genio de Santo Tomás, es necesario meterles en contacto directo con el pensamiento expresándose tan bien en la *Catena aurea* como en la *Summa contra los Gentiles*, en los comentarios acerca de San Pablo o de San Juan o como en el *De veritate*» (p. 26). Y para esta tarea, la cátedra Santo Tomás será indispensable, porque será un constante punto de referencia para la difusión de los textos tan ricos del Maestro.

Cuando se hará este esfuerzo de *ressourcement*, se apercibirá bastante rápidamente de la frescura de espíritu prodigiosa de santo Doctor, presa de los más graves conflictos espirituales de su tiempo; y se verá hasta a que punto, lejos de haber sido un conservador, repitiendo viejas fórmulas, fue un innovador cuyo arrebato es siempre actual, respecto a los espíritus más exigentes de nuestro propio siglo, en busca de progreso genuino. Según este horizonte, es imprescindible estudiar *in vivo* a Santo Tomás que se verifica como estando también nuestro Maestro en nuestra época. En este nivel, los alumnos verdaderamente estudiosos se darán cuenta, a la vez, del impacto extraordinario de Santo Tomás y de su casi perfecta *adaequatio rei et intellectus*, así como de las deficiencias, a menudo graves, de los sistemas propuestos, en el siglo XX, por pensadores ajenos a sus métodos y a sus convicciones. Lejos de entregarse a la boga de doctrinas derramadas, sin cesar, en el público, los investigadores serios verán, poco a poco, cuanto el gran Dominico ilumina nuestras conciencias y nuestras vidas.

En resumen, no se debe reducir a Santo Tomás a sus «miniaturas» y mucho menos aun a sus «caricaturas» (p. 27). En este plan, André Combes nos convida a un verdadero «enderezamiento» intelectual y moral, sostenido por una humilde ascesis, con la cual subordinaremos nuestras opiniones individuales a lo *dicho* de Santo Tomás: es decir a nuestro «encuentro» permanente con él, en plena connaturalidad.

En esta perspectiva, hay de agradecer a la Providencia, que ha suscitado, desde hace más de un siglo, un progreso sin precedente de las *ciencias históricas*. Gracias a los múltiples procedimientos críticos de divulgación extremadamente amplia y universal, —de Roma a París, de Munich a Madrid, de Quaracchi a Lovaina, etc.—, los investigadores son capaces, desde ahora, de restituir los textos en su completud y en sus variantes, así como alumbrándolos casi exhaustivamente por sus contextos más diversos. De este modo, «se pone la Historia al servicio de la filosofía y, mucho más aun, de la teología» (p. 28): a fin de cuentas, eso no es historicismo, puesto que se cuida estrictamente a respetar la jerarquía de los valores, dicho de otro en este caso, a subordinar perpetuamente la historia a la filosofía y a la teología.

En esta preocupación de verdad histórica, la cátedra de Santo Tomás completará las conferencias de los grandes profesores tomistas actuales, por una llamada a un verdadero «laboratorio» permanente, donde los futuros maestros en tomismo podrán adiestrarse a la práctica de las más rigurosas técnicas históricas de nuestro tiempo, aplicándolas al estudio de los textos de Santo

Tomás. Aquí aun, el apoyo de los Obispos es requerido absolutamente, en vista de confiar a la cátedra de Santo Tomás la *élite* más selecta de los estudiantes eclesiásticos.

Este programa ideal debería restituir a la Teología la preeminencia de que gozaba en la Edad Media. Mientras que demasiados prejuicios en nuestros contemporáneos consideran la Teología como una antigualla prescrita, a la cual se dedican sólo algunos excéntricos, ajenos a la vida y a lo real de nuestro tiempo, es urgente devolver a la ciencia de lo Sagrado todo su prestigio y toda su autoridad moral, propia de la dispensadora del Saber supremo, es decir al conocimiento y al amor de Dios.

André Combes pone esta «restauración», para terminar, bajo la protección directa de Santo Tomás, por el recurso expreso y piadoso de su ayuda sobrenatural de santo procer de la Iglesia, dotado de virtudes ejemplares; más allá del sabio de primer orden, Combes invoca en él, esta vez, al hombre espiritual que ha alcanzado el plano verdaderamente *místico*. Con esta intención, cita el último sermón de Cuaresma que Santo Tomás pronunció en Nápoles, en la primavera de 1273. En esta homilía sobre el símbolo de los Apóstoles, nosotros encontramos una declaración supremamente firme acerca de lo que es más necesario al cristiano: «*Primum quod est necessarium christiano, est fides, sine qua nullus dicitur fidelis christianus*». Y el maestro da de eso, de manera admirable, una primera y esencial razón: «*Fides autem facit quatuor bona. Primum est quod per fidem anima conjungitur Deo; nam per fidem anima christiana facit quasi quoddam matrimonium cum Deo*». Esta unión íntima con Dios constituye el ápice de la sabiduría y de la subida espiritual. Un tal Amor sobrepasa la ciencia y el estudio.

DR. ALAIN GUY
Université de Toulouse-le-Mirail